

Las huelgas: escuela de guerra del proletariado

EN UN PRIMER artículo escrito para "PUNTO FINAL", Jaime Faivovich ha volcado una inquietud generalizada entre quienes participan de un modo u otro en el movimiento gremial chileno, y que dice relación con las perspectivas de la acción sindical en la hora presente ante los embates duros y muchas veces despiadados del actual Gobierno. Si bien hay mucho de verdad en el análisis hecho por él, no es menos cierto que expuso conceptos que pueden acarrear confusión, en circunstancias que en el estado actual del sindicalismo chileno se precisa de la mayor claridad y rigor ideológico para el trazado de nuevos y dinámicos cauces de acción obrera.

Empieza el autor señalando con certeza que el resultado de los últimos conflictos laborales ha sido desfavorable para los gremios afectados porque, o no han conseguido imponer sus pretensiones económicas o han debido admitir la exoneración o procesamiento de sus dirigentes, o ambas cosas a la vez; y que la debilidad de muchas organizaciones ha constituido un saldo normal de tales conflictos. Con mucha razón, exige un indispensable análisis o replanteamiento de los métodos de lucha con prescindencia de perjuicios, consignas o esquemas manidos, lo que constituye una iniciativa del todo meritoria entre nosotros, en que ya sea por rutina en algunos, incapacidad en otros y falta de independencia intelectual en los más, siempre se evitan o ignoran las críticas de fondo a fenómenos de importancia para el movimiento popular.

Sin embargo, al entrar al análisis propuesto, Faivovich deja de lado enfoques vitales al abocarse a este tema y utiliza otros de vigencia ulterior al estado actual del sindicalismo chileno. Veamos.

CONFLICTOS

Aludiendo a los últimos sucesos huelguísticos, se refiere a los factores condicionantes de la huelga, y apunta que los efectos y resultados de la huelga como arma principal de lucha de los trabajadores dependen de la habilidad de quienes la usan, de la convicción y decisión de quienes la emplean, de la oportunidad, de la fuerza numérica, de la moral combatiente y de que los trabajadores tengan claridad sobre cuál es la meta final que quieren alcanzar. Argumenta que esta claridad es lo más importante, porque determina el énfasis y grado de combatividad de las luchas sociales. La claridad consiste en que los trabajadores deben saber con precisión que para solucionar sus males deben

cambiar el régimen capitalista opresor, y de acuerdo a esta gran perspectiva política deben trazar su estrategia en el enfrentamiento con la clase patronal. Así, la huelga no debe limitarse a respaldar planteamientos reivindicativos inmediatos solamente, sino que debe proyectarse para posibilitar la gran aspiración política de la clase trabajadora.

ROL DE LOS TRABAJADORES

Lo básico del artículo que comentamos es analizar los métodos de lucha de los trabajadores, especialmente la huelga, en vista por supuesto de superar su eficacia y utilidad. Pero se asigna a la clase trabajadora como condición de mayor positivismo en su acción una perspectiva —más bien una obligación— que en la hora actual no puede asumir ni tener cuando se trata de sus luchas reivindicativas. ¿Habrían los trabajadores del cobre obtenido otro resultado que la matanza de El Salvador si en su huelga hubieran ido tras la "justa aspiración política de la clase trabajadora" como es la nacionalización de las minas? Es evidente que tamaño objetivo sobrepasa ahora la capacidad combativa de los mineros de El Salvador, no obstante constituir la solución radical para sus problemas.

Cierto es que cambiar el régimen político y económico debe ser la gran perspectiva de la clase trabajadora. Siendo esto lo fundamental, en vez de afirmar como Faivovich que las huelgas serán exitosas en la medida que tiendan a impulsar esa perspectiva, cabe más bien indagar: ¿qué rol juegan las huelgas en la gran misión histórica de transformar esta sociedad capitalista? En virtud de esta indagación, el juzgamiento de la huelga como instrumento básico de lucha resultará mucho más ajustado.

Aprovechamos el mismo artículo que comentamos para dar contestación a tal interrogante. A lo largo de su comentario, Faivovich asigna deberes imperiosos al trabajador: debe saber que en este régimen nunca podrá obtener salarios justos, debe saber que los monopolios y el imperialismo impiden el progreso económico y social de la gran mayoría del país, debe saber que el Gobierno es un aliado de los poderosos, del capital; y debe saber, en suma, que hay que destruir hasta los cimientos de este régimen político y económico para instaurar una justicia social definitiva, y un sistema socialista en que los trabajadores sean los verdaderos amos de su destino. Y con todo este bagaje de conocimientos, el trabajador debe ir a la huelga, convirtiéndola en un medio para cambiar el régimen político e instaurar el socialismo.

LENIN DECIA...

Pues bien, resulta que todo aquel conjunto de conocimientos que el trabajador debe tener para abolir radicalmente su condición de explotado y trazar una nueva estrategia frontal en contra de las bases de este régimen, no los adquiere ni en los libros, ni en la prensa

o radio (todos medios controlados por la burguesía) sino que en gran medida a través y por la lucha reivindicativa cotidiana, en el enfrentamiento violento con el patrón o con el Estado-patrón en procura de mejores condiciones inmediatas de vida. El trabajador en principio ignora las leyes profundas del orden social que determinan su explotación inicua. Sólo tiende vagamente a intuir su condición de explotado, condición que la sociedad burguesa disfraza o cubre con el manto de las leyes, la institucionalidad, el orden constituido, los designios de Dios, etc. Pero a través de las huelgas, todo un mundo nuevo se desarrolla a sus ojos. Ya lo describía Lenin:

“La huelga enseña a los obreros a comprender dónde radica la fuerza de los patronos y donde la de los obreros, enseña a pensar no sólo en su patrón ni en sus camaradas próximos, sino en todos los patronos, en toda la clase capitalista y en toda la clase obrera. Cada huelga hace que los obreros concentren toda la atención y todos los esfuerzos en una u otra de las condiciones en que está colocada la clase obrera, en qué consiste la presión del capital y con qué medios se puede luchar contra esta presión. Cada huelga enriquece la experiencia de toda la clase obrera... y significan el comienzo de la lucha contra la estructura capitalista de la sociedad.”

Y así, tras cada huelga “asoma la hidra de la revolución”. Durante cada huelga crece y se desarrolla en los obreros la conciencia de que toda la clase capitalista y el Gobierno representante de ella son sus enemigos y que en su contra debe ser dirigida la lucha. Más aún, se desarrolla intensamente en la conciencia obrera la idea del socialismo, la idea de un mundo dirigido por quienes descubren poseer la fuerza y la capacidad para mandar y dejar de ser explotados.

LOS PARTIDOS DE IZQUIERDA

Pero no todo lo anterior se produce espontáneamente. Es indudable que en el desarrollo de las luchas reivindicativas, los sectores más conscientes de los trabajadores destacarán a los ojos de sus compañeros de clase la naturaleza cruel e implacable del sistema capitalista que ellos empiezan a sentir en carne propia; la estrecha relación del Estado y las autoridades con este sistema y la necesidad de una lucha global y de fondo para la eliminación de la opresión social. Pero estos sectores conscientes deberán saber, como escribía Jorge Sorel, el destacado sindicalista francés, que tales revueltas contra el capitalismo no determinan enteramente el porvenir del proletariado. Tal porvenir se prepara por la confluencia de diversos factores adicionales como la acción de los partidos socialistas y de clase que inculcan ideas revolucionarias.

Queda pues destacado el aspecto político más cotidiano de la huelga, que constituye así una “escuela de guerra” para la clase obrera, pero sin ser la guerra misma. Los grandes objetivos de los trabajadores, que se identifican con la revolución misma, como la liquidación del latifundio y la repartición justa de las tierras, la nacionalización de la banca o las minas no pueden plantearse como fines y factores de triunfo en luchas aisladas, sino que constituyen deberes del conjunto de

la clase trabajadora y de sus partidos de clase en que aquélla se organiza para su liberación. En un momento histórico dado, seguramente la estrategia de la clase trabajadora para la toma del poder contemplará a las huelgas, como arma contundente de lucha y de triunfo, porque ya conocerá de su eficacia, de sus efectos paralizantes de la economía capitalista, del miedo y desconcierto que causan en la burguesía.

LA COYUNTURA PRECISA

Ahora bien, el aprovechamiento histórico de esta arma ocurrirá inevitablemente cuando la sociedad entre en una convulsión revolucionaria en cuyo acaecimiento la misma clase trabajadora, consciente o inconscientemente, deba haber jugado el rol protagónico precisamente a través de las muchas veces despreciadas luchas o huelgas reivindicativas, sin móviles políticos directos. Así ¿cómo olvidar por ejemplo, la influencia vital de la acción reivindicativa de las masas asalariadas españolas en el acceso al poder republicano de los partidos obreros? ¿La Revolución de Octubre no fue acaso el aprovechamiento inteligente de la desesperación del pueblo ruso por falta de pan y de trabajo y de sus energías desatadas primitivamente tras la satisfacción de necesidades elementales?

Mientras tales convulsiones revolucionarias no acaezcan, la impaciencia o el desaliento por direcciones equivocadas políticamente, no puede llevarnos a menoscabar la importancia profunda de la **lucha laboral diaria**. Hay que recordar que “la táctica del proletariado debe tener en cuenta, en cada grado del desarrollo, en cada momento, la dialéctica objetivamente inevitable de la historia humana de que en los grandes procesos históricos, veinte años son igual a un día, si bien luego pueden ser días en que se condensen veinte años; de una parte, utilizando las épocas de estancamiento político o de la llamada evolución “pacífica”... para desarrollar la conciencia, la fuerza y la capacidad combativa de la clase avanzada; y de otra parte, encauzando toda esta labor de utilización hacia la “meta final” del movimiento de esa clase capacitándola para resolver prácticamente las grandes tareas al llegar los grandes días en que se condensen veinte años.” (Lenin, “La táctica de la lucha de clase del proletariado”, Marx, Correspondencia, t. III, pág. 127).

LUCHA DE MASAS

Se debe pues, objetivizando la exacta dimensión de las luchas reivindicativas, exigir la máxima preocupación de todos los revolucionarios por el destino de esa lucha, demandar para ella la preferencia increíble que emplean muchas veces los partidos populares en actividades parlamentarias o “republicanas” que en nada desarrollan la combatividad y la conciencia de las masas para su abordaje final al poder burgués, y que sólo contribuyen a dilapidar todo lo forjado en este aspecto en el pasado por generaciones enteras de trabajadores.

ARNOLDO CAMU V.